

Reseña de Gabriel Giorgi. *Formas comunes. Animalidad, cultura y biopolítica.*

Matías Ayala Munita

Universidad Finis Terrae

375

Formas comunes. Animalidad, cultura y biopolítica de Gabriel Giorgi ha de ser de los primeros libros sobre teoría biopolítica y animalidad dedicados a la literatura latinoamericana y, felizmente, toma el lugar con propiedad. En él se abren una serie de rutas teóricas articuladas sin la retórica de la jerarquía disciplinaria tradicional –la teoría sobre el texto literario, por ejemplo– y se hace una reflexión crítica a partir de sus interacciones. El volumen se inscribe en las reflexiones de la biopolítica, de hecho, el mismo Giorgi –junto a Fermín Rodríguez– editó *Ensayos sobre biopolítica* en 2007.

Como es sabido, la biopolítica intenta pensar la vida más allá de lo singular y lo subjetivo, en un plano colectivo e impersonal (la población como objeto de administración y control político y económico, según M. Foucault, por ejemplo). La dicotomía jurídica y política de G. Agamben –entre *bios* (vida política, formas de vida reconocibles, persona) y *zoe* (vida desnuda o sin calificaciones, un puro cuerpo, al que se le superponen las nociones de vida vegetal y/o animal)– ha sido útil para cristalizar esta noción de vida. Ella ha logrado iluminar e intervenir en debates históricos, políticos, médicos y culturales con inusitada agudeza. *Formas comunes* es parte de este contingente de lecturas que trenza las ideas de vida, sociedad y cultura en América Latina de forma muy productiva y, a veces, provocativa.

La vida en este nivel corporal, colectivo e impersonal abre la puerta para desdibujar, confundir o deconstruir los límites entre lo supuestamente humano y lo animal. Ambos, animales humanos y animales no-humanos, son cuerpos vivos y singulares, ambos son seres vivientes. Los animales –o más bien la figura del animal y de *lo animal*– marcan el límite discursivo de la especie y, por esto mismo, no sólo subrayan el supuesto reducto filosófico de lo humano, sino también

uno jurídico, político y ético. Cary Wolfe ha trabajado bastante sobre esto en años recientes. Pensar el animal nos fuerza a ser conscientes de cómo se entiende culturalmente lo humano. El animal –como las máquinas, los espectros y los monstruos, entre otros– es una de las figuras que deconstruye la certeza del humanismo tradicional y sobre ella la literatura y las formas estéticas tienen aún mucho que decir.

La relación tradicional de jerarquía entre lo humano y lo animal deviene, en clave biopolítica, la distinción entre las “vidas a proteger y las vidas a abandonar” como enfatiza Giorgi con acierto (p. 15). La biopolítica, en su inflexión colonial y racista, administra con violencia un discurso que animaliza a indígenas, niños, enfermos y sujetos populares. De esta manera, el trabajo de Gabriel Giorgi conduce las premisas biopolíticas a la cultura latinoamericana y sus formas estéticas, que lidian con la vida y los animales. Las obras analizadas en el libro, a su manera, piensan lo viviente y lo colectivo con énfasis críticos y divergentes. Así, Giorgi se aleja de la tradición de los estudios de animales anglosajones (*animal studies*), que se preocupan principalmente por sus derechos, su trato y maltrato, y se mantiene más bien en el estudio de los animales como símbolos de las políticas de lo humano.

La tesis que sostiene el libro, y presenta su capítulo introductorio, afirma que a partir de los años 60 en América Latina hay “una nueva proximidad entre los humanos y la vida animal” (p. 12). Esto se manifiesta en las nuevas preguntas que se hacen al cuerpo y los deseos, sus enfermedades y afectos. El animal, que solía ser lo heterogéneo e inasimilable, se vuelve una figura interior. La distinción humanista y antropocéntrica entre las especies de hombre y animal se desdibuja. El libro está interesado en leer con detención los momentos en que los cuerpos se confunden, se abren o acercan en el espacio. Se hace hincapié en las implicancias filosóficas de reconocer lo arbitrario de las categorías de lo viviente (¿qué es lo humano?, ¿qué es lo animal?). Quizá “la vida” sin adjetivos, es decir, como entidad colectiva, física, animal y vegetal, es un continuo impersonal que es canalizado, estructurado y administrado en técnicas y discursos que la dividen y clasifican. La literatura podría entenderse como capaz de distribuir de otra manera esta repartición de lo humano y lo animal.

Logro interesante de este libro es, creo yo, cómo logra articular la teoría biopolítica y animal –la que tiende a la abstracción filosófica, jurídica o teológica– con su “bajada” cultural, estética y literaria. De hecho, *Formas comunes* agrega una interesante clave para leer la teoría cultural latinoamericana. Por ejemplo, al sopesar cómo la cultura argentina –y por extensión la latinoamericana– se ha estructurado en torno a dicotomías humanistas e imperiales como naturaleza/cultura, salvaje/civilizado, biológico/tecnológico, etc., ahora se tienen las herramientas para deconstruir estas dicotomías, cuestión que desde la “ciudad letrada” persistía como un punto ciego.

Para *Formas comunes* las figuras de animales en los textos literarios son signos de alteraciones, por una parte, en la noción de vida, de seres vivientes, cuerpos y subjetividades; y, por otra, de cambios sociales y políticos, nuevas formas de vida y comunidades. El espacio abierto entre ambos es un espectro amplio en el que *Formas comunes* indaga. Una postura interesante de este volumen es que –en contra de una lectura literal de Agamben– sostiene que la vida, leída en clave autobiográfica, es un cruce entre el *bios* y *zoe*, que muestra una zona de indistinción entre la vida impersonal y personal, orgánica y humana (p. 39).

En el cuento “Meu tio o Iauaretê” (1950) de Guimarães Rosa, según *Formas comunes*, el animal es una vida en torno a la cual se organiza una resistencia política y económica. Además, es un figura en torno a la que se forma una nueva comunidad, es decir, se crea una alianza humano/animal que desborda el ordenamiento político (p. 47-48). En contraposición, en Borges y Cortázar, el animal es marca de la desaparición como consecuencia de la modernización. Así, el animal en estos textos deviene fantástico y virtual, ya que no calza con las categorías discursivas sobre las especies. Ambos, por su parte, reordenan el orden de las especies.

La acuciosa lectura de *A paixão segundo G. H.* de Clarise Lispector es particularmente interesante: en un espacio doméstico y burgués, el insecto se vuelve una figura ajena que se interioriza a través de membranas y pliegues. Lispector, en la lectura de Giorgi, reordena la imaginación espacial y de lo viviente (p. 95), ya que la protagonista de esta narración se come un insecto en la pieza de la empleada doméstica que recién ha renunciado a su trabajo.

El capítulo sobre los “mataderos y cultura” versa sobre las reescrituras y versiones de “El matadero” de Echevarría, y las versiones de la política argentina en el siglo XXI: el cuento “El matadero” de Martín Kohan y la novela *Bajo este sol tremendo* de Carlos Busqued. El matadero es un espacio productivo y económico con la muerte colectiva como final dramático de la ganadería industrial. El espacio –imagen y metonimia del territorio nacional– lleva a cabo la muerte legal, planificada y justificada por seres vivos de otra especie. El matadero presenta, en estos textos, una cercanía espacial, una contigüidad retórica (metonimia) y una existencia virtual y fantasmal del discurso nacional como secuencias vistas en el televisor. En vez de enfatizar la división entre la muerte animal y la humana –como hubieran hecho los discursos en el siglo XIX– Giorgi analiza la cercanía entre la muerte animal y la humana. (p. 131). Se proponen dos series de lecturas acá: primero, el matadero como símbolo de la violencia soberana ejecutada bajo acto de excepción; segundo: el matadero como símbolo de la producción capitalista sobre los cuerpos (134). La carne –que en inglés tiene dos significantes: *meat* y *flesh*, mientras que en castellano sólo uno– deviene así el común denominador entre humanos y animales es por esto que en el matadero “no hay ‘humanos’ y ‘animales’, hay solamente cuerpos entre la vida y la muerte”.

Sobre la relación entre pueblo y animal se concentra la sección sobre “El fiord” de Osvaldo Lamborghini. Lo animal deviene aquí (como el cuerpo popular y peronista), uno dotado de fuerzas inasimilables por el repertorio de identidades políticas. Ellos constituyen fuerzas excesivas e interminables, “básicas” si se quiere, como comer y coger. El pueblo como figura permanece en “carencia” respecto del ideal normativo de ciudadano (178).

Los últimos capítulos del libro se organizan en torno a temas. La muerte destaca, ya que se pregunta por la inscripción del cadáver en la comunidad, en la visibilidad e invisibilidad de algunos, en la persistencia de la memoria u olvido. Aquí las obras que se leen son: “La parte de los crímenes” de 2666 de Roberto Bolaño, el documental del chileno Patricio Guzmán *Nostalgia de la luz* (2010) y la obra de la artista mexicana Teresa Margolles. *Formas comunes* finaliza con la relación entre subjetividades *queer* y animales: la antinormatividad de las nociones de género *queer* toma figura en la desestabilización de las especies que los animales llevan a cabo.

Los distintos capítulos abren una red de lecturas, alerta tanto al detalle textual como a aventurar sus implicancias teóricas. Así, crean un trama compleja de reflexiones sobre los cuerpos y la vida, sobre comunidades y política. Dada la amplitud de temas abordados, el registro de textos literarios y estéticos de este volumen permanecerá como un lugar de consulta y también de exploración. Buena parte de los alcances de *Formas comunes*, consiste en abrir caminos más que cerrarlos.